

Hogar de lobos

—Te extrañé tanto —Jimin lucía tan enamorado contemplando mi rostro tiznado que me enterneció.

—Debo parecer una sombra enfundada en una bata blanca —reí, desperezándome. Estábamos en el inmenso claro de la fortaleza y Jimin sostenía mi cabeza sobre su regazo. En aquellos momentos, el sol del poniente iluminaba con su luz amarilla y anaranjada la densa capa de nubes que nos cubría —¿Cuánto tiempo ha transcurrido? —inquirí —Creí que podías hacer el recorrido en menos de medio día.

—Así es. Llegamos a mediodía, pero tuve que ir a cazar. Pensé que sería mejor dejarte descansar para que despertaras cuando la cena estuviese lista. Debes estar famélico —Lo estaba. Aun así, Jimin era tan dulce conmigo que no pude evitar incorporarme para lanzarme sobre él y cubrir su rostro de besos. Logré tumbarlo de espaldas sobre la tierra solo porque lo había tomado por sorpresa, y se echó a reír conforme lo estrechaba entre mis brazos sin dejar de besarlo. Aún no se había lavado, por lo que había algo de sangre fresca en sus labios y mejillas, la cual se había entremezclado con el sudor de su piel tras un día de arduo ejercicio. Aunque la sangre no me repugnaba en lo absoluto, comprobé que tampoco despertaba mi apetito de strigoiacă, al menos no aún. Sin embargo, el sabor de Jimin tenía un efecto decisivo e irresistible en mí. Clavé mis ojos en los suyos, agazapado sobre él como lo estaba, y entonces fue él quien me besó con la infinita ferocidad que lo caracterizaba, desnudándome en un instante y lanzando fuera de mi alcance la bata con una sonrisa socarrona, como para poner de relieve su futilidad —Nada podrá separarme de ti jamás —suspiró, luciendo casi inocente. Antes de que pudiera decirle que yo mismo me encargaría de que así fuese, me obligó a rodar con él sobre la hierba, sofocando mi respuesta con un beso más ardiente que el anterior y, segundos después, con el peso de su cuerpo. Ignoro cuánto tiempo pasamos uno en brazos del otro aquella tarde, prefiriendo usar el verde prado a modo de lecho cuando en el interior de la fortaleza teníamos acceso a todas las comodidades, pero ninguno de los dos parecía poder saciar su anhelo del otro. De algún modo, me daba la impresión de que, por naturaleza, estábamos en el lugar donde pertenecíamos, llenando nuestros sentidos con los sonidos del cercano bosque y el aroma de la tierra fresca como si siempre hubiésemos vivido a la intemperie. Estaba tan dichoso junto a él que olvidé por completo la comida, la cual solo recordé cuando la luna ya brillaba sobre nuestras cabezas, estando ambos sumergidos hasta el cuello en la laguna, refrescándonos antes de entrar a la casa. Jimin salió del agua antes que yo y me tendió una mano para elevarme por encima de la superficie. Tan pronto estuve de pie sobre las suaves rocas y el viento frío de la noche sopló sobre mí, mis fuerzas flaquearon y me aferré a él para buscar apoyo. Adivinó de inmediato que había agotado mis reservas de energía al no haberme alimentado en tanto tiempo, por lo cual me obligó a sentarme mientras traía comida y mantas del interior —No te muevas —dijo, guiñándome un ojo —No tardaré —Me replegué sobre mí mismo, temblando. Aún no era tan fuerte como él y quizá jamás lo sería aunque su sangre corriese por mis venas. Jimin regresó en lo que en verdad parecieron segundos con una botella de šljivovica y dos gruesas mantas, en una de las cuales me ayudó a envolverme, tras de lo cual se cubrió con la otra. Acto seguido, encendió una fogata sobre las rocas con ramas secas mientras yo bebía algunos

tragos del fuerte licor y, pocos minutos después, me ofreció una cena caliente de venado y pescado.

—Debo aprender a alimentarme por mí mismo cuando esté contigo —dije tras engullir un trozo de deliciosa carne.

—¿Por qué? —inquirió él extrañado —Me es muy fácil hacer esto por ti. Aunque, por supuesto, entiendo que desees más variedad de alimentos. Este lugar no ha sido habitado por una familia en generaciones, pero estoy seguro de que podríamos adecuarlo fácilmente. Hay establos en la parte trasera y espacio de sobra para cultivos y animales de granja. ¿Te gustaría eso?

—Te amo —fue todo lo que pude decir, sonriéndole ampliamente.

—Y yo a ti —dijo él —Pero en verdad deseo saber si te gustaría establecerte aquí. Temo que te sientas solo con el tiempo aunque me tengas a tu lado, acostumbrado como estás a vivir entre la gente. Sabes que, si El lo quisiera, podría vivir con nosotros. De hecho, tengo amplias extensiones de tierra más allá del bosque que gustosamente les regalaría a ella y su familia para que puedan dedicarse a cultivarlas. Sé que es el sueño de muchos habitantes de Banat y me complacería en extremo hacer algo por quienes han sido tan buenos contigo.

—De hecho, era justamente lo que El y yo habíamos planeado hacer con nuestros ahorros —dije extasiado ante la idea —Deseábamos comprar un pequeño terreno para dedicarnos a la agricultura y no tener que trabajar en cultivos ajenos. De no haber sido por los problemas que nos ha dado la congregación, estaríamos participando en la cosecha estival, recogiendo con los otros campesinos.

—¿Ahorros? —se atragantó —¡No los necesitas! Sabes que aunque fuese tan pobre como lo fui durante la infancia, jamás te faltaría nada conmigo. Sin embargo, todo lo que poseo es tuyo y somos inmensamente ricos gracias a mi padre. Así que, una vez me encargue de SungRok, te llevaré a recorrer tus tierras más allá del bosque para que tengas una idea clara de lo que dispones y puedas decidir cómo usarlo mejor.

—No sé cómo agradeceréte —dije conmovido, abrazándome a él a través de las mantas —Estoy seguro de que a El le encantará la noticia.

—¿Por qué me agradeces? —inquirió sinceramente extrañado —No hice más que recibir una herencia que, de no ser por tu amor, no me habría servido de nada. Tú eres mi único tesoro. Así que, de nuevo, dime: ¿te gustaría vivir aquí conmigo?

—¡Más que nada en el mundo! —reí, pegándome a su costado al tanto que él me estrechaba contra sí. Su rostro expresaba tal dicha que pensé que aquel era definitivamente el momento más hermoso de mi vida hasta entonces porque tenía la certeza de estar haciendo feliz a mi esposo.

—Ahora solo me resta hacer un par de cosas para iniciar el resto de nuestras vidas en paz: lidiar con SungRok y derrotar a mi tío. Entonces los Min podrán retornar a las tierras de mis ancestros en los Cárpatos.

—¿Puedes contarme ahora lo que descubriste en el transcurso de la semana, por favor? ¡Muero de impaciencia!

—¡Por supuesto! Escucha esto: decidí seguir a los calvinistas que habían permanecido en Dobro cada vez que uno de ellos dejaba el poblado, pues me pareció el modo más fácil de hallar a SungRok. Sabía que, tarde o temprano, uno de ellos iría a llevarle noticias y, al fin, hace tres noches, la misma mujer que después dirigió a los congregados a Raskrsnica se escabulló de su casa cuando los vecinos dormían para cargar su carreta de víveres y dirigirse al oriente.

—¡Ese demonio encubierto! —exclamé, recordándola con ira.

—Ese mismo —replicó, frunciendo el ceño —Espera a que conozcas el resto de la historia —prosiguió —me hice invisible para espiarla sin despertar sospechas y así me deslicé tras su carreta hasta que se introdujo en una trocha que lleva a uno de los campos de cultivo dentro del cual hay un viejo molino abandonado. Entonces empecé a presentir a nuestro enemigo a medida que la mujer se dirigía hacia la estructura y supe que él se hallaba allí en compañía de HyeYoung. En cuanto la carreta se detuvo ante el molino, dos de los congregados de SungRok salieron de él para recibir a la visitante y descargar algunas de las provisiones. Me extrañó que no las descargasen todas pero pronto comprendí por qué: los mismos hombres que habían llevado los víveres al interior volvieron a salir, portando una enorme arca repleta de monedas y subiéndola a la carreta. Como sabes, puedo detectar el oro fácilmente con la ayuda de un fuego fatuo cuando está enterrado en la montaña, pero en esta ocasión no fue necesario: su olor, el inconfundible sonido del metal en movimiento y el peso de la carga bastaron. Minutos después, una figura encapuchada emergió de la estructura. Lo reconocí de inmediato aunque su rostro estuviese oculto en la sombra: se trataba, por supuesto, de SungRok, quien subió a la banca de la carreta para tomar las riendas y ponerse en marcha, no sin antes decirle a la mujer y a sus dos fieles ayudantes que procediesen como Hye les indicara antes de ir al lugar de reunión convenido, el cual no especificó. En aquel momento, puesto que comprendí que el reverendo huiría solo, tomé la decisión de seguirlo. Ahora comprendo que debí haberme quedado a escuchar las instrucciones de HyeYoung, pues evidentemente se trataba de incendiar el poblado y darte muerte. Sin embargo, gracias a que mi madre te protegió, puedo vivir tranquilo sabiendo que elegí ir tras el reverendo, quien volvió a tomar el camino principal hacia el este, yendo hacia el vecino Reino de Rumania, a donde pensé que se dirigía en un comienzo. Sin embargo, al despuntar el alba ocultó la carreta en el bosque y, tras comer un poco, se echó a dormir. Yo, como sabes, debía hacer lo mismo, por lo cual aproveché para cazar y descansar en las inmediaciones. Cuando desperté, SungRok aún dormía así que, haciéndome invisible de nuevo y con sumo sigilo, revisé la valija de viaje que llevaba en la parte delantera de la carreta. En ella hallé un cuaderno asegurado con una cerradura de hierro. Pronto verifiqué que SungRok llevaba una llave alrededor del cuello, y supe que encajaba perfectamente en la anterior. Sin dudar, robé el cuaderno, no sin antes crear la ilusión de que uno idéntico permanecía en la valija. No hallé ningún otro artículo de interés entre su equipaje, por lo que lo dejé todo tal y como estaba y ordené a los cuervos que graznasen para despertar al reverendo, pues quería que se diese prisa en alcanzar su destino. Este se puso en marcha después de alimentar a los caballos y darles de beber en un riachuelo, retornando al camino principal y cuidándose de cubrir bien su cabeza y rostro. Para mi sorpresa, alrededor de una hora después, tomó un camino secundario en dirección al norte que estaba oculto entre los árboles. A pesar de que el sendero estaba en buen estado, el terreno era ascendente y desigual. Pronto nos adentramos en el extremo oriental de las colinas de Vršac y pasó largo rato hasta que SungRok se detuvo de nuevo para que los caballos descansaran y bebieran al tanto que él

consumía una hogaza de pan y un inmenso salchichón. Después de esto, obligó a los caballos a avanzar con presteza conforme el terreno descendía hasta que llegamos a un caserío cuando el sol ya se había puesto. Recordaba haberlo visto a lo lejos en algunas ocasiones, pero nunca me había adentrado en él, así que permanecí invisible conforme SungRok desmontaba frente a una casa de considerable riqueza para estar ubicada en aquel modesto lugar, acercándome para introducirme en la propiedad cuando él lo hiciera. Tras llamar a la puerta, la cual atendió una mujer rubicunda, fue invitado a pasar, de modo que me adentré en la casa pisándole los talones. La mujer lo invitó a sentarse mientras llamaba a su marido y yo permanecí de pie en un rincón, observando a nuestro peor enemigo y conteniendo el deseo de lanzarme sobre él solo gracias al hecho de que había robado su cuaderno. Cuando el propietario de la casa descendió por las escaleras, aun así, temí perder la invisibilidad a causa de las emociones que me embargaron al reconocerlo: se trataba, ni más ni menos, que del mismo hombre que había visitado Dobro durante mi infancia, el cual había intentado bautizarme por la fuerza y a quien le debo el sobrenombre de Pie de Bruja. Había envejecido y, sin embargo, sus ojos y gestos conservaban el mismo ardor proveniente del fanatismo que antaño lo caracterizaba. Hasta entonces, había preferido olvidarlo, pero recordé que se suponía que habitaba en Vršac y no en medio de la nada. Sin embargo, en aquel caserío no había ninguna iglesia y, a menos que los habitantes húngaros también hubiesen adecuado una estructura agrícola para llevar a cabo sus prácticas religiosas, el superior de SungRok debía haberse retirado de sus actividades clericales, lo cual era muy improbable dado que el momento de retiro de los hombres como él suele ser la muerte. El hombre saludó a SungRok besando su mejilla y, tras pedirle a su mujer que dejara la casa, tomó asiento junto al reverendo, preguntándole el por qué de la inesperada visita. SungRok, quien estaba cubierto de sudor a pesar de la frescura de la noche, procedió a decirle que había sido expuesto ante las autoridades. De inmediato, el otro hombre se puso a temblar:

—¡Prometiste trabajar en la templanza! —dijo por lo bajo —¿A cuántos de ellos has conturbado?
—Supe que se refería a los niños de la congregación. Aunque no hubiese participado activamente en los crímenes sexuales de SungRok, el hombre conocía sus tendencias perversas y había preferido callar.

—¡Respóndeme! —insistió. Ante el silencio del reverendo, quien permanecía cabizbajo, el otro murmuró: —No has orado en silencio ni mortificado la carne lo suficiente para que el Señor obre un cambio en tu interior.

—¡No he cesado de predicar Su palabra! —se defendió SungRok —Pero sabes que soy débil. Lo he sido desde que aquel muchacho endemoniado se cruzó en mi camino para sembrar la tentación en mi corazón.

—Ningún juez de este siglo aceptaría semejante argumento en una corte. ¡Las repercusiones de tu indiscreción no tardarán en alcanzarme a mí también! —gimió.

—¡No, Ábrahám! —dijo SungRok, con un hilo de voz —Estoy aquí, precisamente, para garantizarte que eso no ocurrirá. De hecho, todo este asunto podría llegar a beneficiarte —El hombre pareció serenarse un poco y, tras tomar un hondo respiro, preguntó:

—¿Cómo han reaccionado los padres de las criaturas agraviadas?

—A pesar del escándalo, creen en mi inocencia. Saben que lo que nos está ocurriendo es el resultado de la maldición de Pie de Bruja. ¡Él prometió vengarse y lo ha cumplido!

—Aguarda: ¿la congregación piensa que estás siendo calumniado por el hijo del diablo? —inquirió el hombre, entrecerrando los ojos.

—En cierto modo. Ocurre que Pie de Bruja envió recientemente a Dobro a un forastero quien también quiso llevarme por la senda de las tinieblas. ¡No tengo dudas de que es un hechicero! Cuando habla, es como escucharlo hablar a él, y sus ojos...

—¡Sin embargo... no hay calumnia! —lo interrumpió el otro, frustrado —¿A quién quieres engañar? Yo te recomendé como ministro de la congregación de Dobro. ¡Yo te di un nombre y una reputación! Puse a esas gentes honradas en tus manos, y luego te sorprendí haciendo lo que haces —suspiró —Creí que tú y yo podríamos enmendar a muchos elegidos húngaros en tierra extraña cuando mis superiores de la Iglesia Reformada prefirieron ignorar el mensaje que el Señor me dio. Habiendo perdido el goce y la oportunidad de tener un rebaño propio, puse todas mis esperanzas en que tú completaras mi misión divina.

—He hecho todo lo que me has pedido, aun tras tu destitución —dijo SungRok y, para mi sorpresa, observé que sus ojos se habían humedecido —Todo lo que me enseñaste, todo, se lo he transmitido a mi rebaño como si fuese el tuyo propio. ¡Mis ovejas temen al Señor como si Él mismo les hubiese enseñado Su rostro! ¡Jamás te di la espalda y lo sabes! Soy tu único discípulo fiel; eres como un padre para mí, Ábrahám. ¡Conoces todas mis faltas y mis virtudes! ¿Sería acaso capaz de mentirte? Pie de Bruja me hechizó la primera vez que posó sus ojos en mí para que yo cayese en la tentación. Tú mismo lo viste y decretaste su maldad ante todos. ¡Él es el verdadero culpable de mis faltas! ¡Lo veo a él en cada uno de los pequeños, Ábrahám, y no hallo saciedad! Si hubieras logrado bautizarlo quizá me habría librado al fin de su influjo, pero el demonio no permitió que lavásemos las faltas de su hijo —En ese instante, contemplé seriamente la opción de partirle el cuello, acabando con todo de una buena vez. Aun así, pensé en ti y en la felicidad que nos espera, y logré dominarme. El hombre llamado Ábrahám, por su parte, se puso de pie y se dio la vuelta, meditabundo. Poco después se tornó hacia el reverendo para inquirir, sus ojos ardiendo con un brillo conocido.

—¿Así que estás seguro de que el recién llegado es un hechicero?

—Completamente seguro —dijo SungRok —Además de que porta el amuleto de Pie de Bruja, también quiso seducirme y, puesto que logré resistirme a sus encantos, se adentró en casa de Hye y robó algunos documentos incriminatorios. Estoy seguro de que fue él pues me hizo perder el conocimiento en una oportunidad en que amenacé con exponer sus prácticas demoníacas. ¡Es muy poderoso! —Por poco me echo a reír cuando dijo que tú habías intentado seducirlo, pero seguí escuchando con atención:

—¿Qué clase de documentos robó? —inquirió el hombre, alarmado.

—El diario de mi difunta esposa y la correspondencia personal de Hye —farfulló el reverendo, a regañadientes.

—¡Te ordené que destruyeras ese diario! ¡Oh, oh! ¿No lo ves? ¡El señor te está castigando por desobedecerme!

—No fue mi intención —dijo SungRok, nervioso —Yo mismo le exigí a HyeYoung que quemase el diario y solo recientemente confesó no haberlo hecho. Como sabes, fue ella quien lo encontró y jamás quiso entregármelo. Ni siquiera me lo enseñó sino que me informó lo que había leído en sus páginas, siendo lo más importante que Pie de Bruja lleva la marca del diablo en la espalda, lo cual el caballero rumano ya nos había revelado.

—Así que todo esto es culpa de Hye —comentó el otro.

—Aunque asegura que me desobedeció para guardar evidencia acerca de la procedencia diabólica de Pie de Bruja y así sosegar a la congregación en caso de ser necesario, sospecho que temía que me volviese en su contra en algún momento y por ello guardó el cuaderno, un gran error que ahora ambos lamentamos. Sin embargo, gentes de mi entera confianza se están encargando de recuperar el diario y las cartas, que son las únicas pruebas en mi contra. Tienen órdenes de destruir los documentos sin leerlos en cuanto los hallen y sé que me obedecerán. Sin embargo...

—¿Qué?

—Ellos también deberán dejar Dobro cuando se ocupen de la tarea que les encomendé, pues las autoridades de Vršac querrán condenarlos. Por otra parte, correrían demasiado peligro permaneciendo allí cuando Pie de Bruja ha vuelto a rondarnos y su cómplice nos acecha. Es en este punto donde toda esta situación puede ser provechosa para ti.

—¿De qué modo? No deseo verme involucrado en un escándalo de semejante magnitud.

—Necesito que acojas a mis ovejas.

—¿Aquí? —preguntó el otro, sus ojos abiertos de par en par.

—¿En qué otro lugar? Tienes tierras y algunas casas vacías que pueden usar provisionalmente mientras construyen nuevas viviendas. Aún más importante, necesitan un guía, y yo no podré permanecer aquí. Hace un minuto lamentabas el hecho de no haber tenido tu propia congregación desde que fuiste destituido: es tu oportunidad de encargarte de nuevo de un rebaño, esta vez sin la interferencia de la Iglesia Reformada. Los miembros de mi congregación, por supuesto, deberán esconderse y cambiar sus nombres. No tienen otro lugar a dónde ir. Es decir, Ábrahám, que una vez se instalen aquí, jamás podrán dejarte.

—¿Y los niños?

—Jamás hablarán —aseveró el reverendo, sin poder suprimir un gesto malicioso —Además, nunca los he tomado después de cierta edad, por lo cual suelen olvidarlo todo muy pronto —Me dije que aquel razonamiento era propio de él y, aun así, sabía que su falta de prudencia y el desconocimiento de sus víctimas nos servirían en el futuro.

—¿Adónde irás tú? —inquirió el hombre llamado Ábrahám.

—Regresaré a Debrecen, donde nací. La casa vacía de mis padres me espera.

—¿De qué vivirás?

—Tengo algunos ahorros —tosió SungRok —Por lo demás, poseo experiencia predicando, ya sabré ganarme la confianza de mis futuros vecinos, quienes probablemente necesitarán de mis conocimientos bíblicos.

—Harías bien en mantenerte alejado de los niños —le dijo Ábrahám, con tono de reproche.

—Verás que, en cuanto logre poner la suficiente distancia entre Pie de Bruja y yo, la tentación dejará de atormentarme.

—Eso espero —replicó Ábrahám.

—Los miembros de la congregación arribarán en un par de días. Será tu decisión el acogerlos como un nuevo rebaño o abandonarlos a su suerte. Sin embargo, sé que no hay serbios en este caserío y, por lo tanto, estarían más tranquilos que en ningún otro lugar de los alrededores. Además, están acostumbrados a trabajar con tesón, pues los instruí yo mismo: podrán labrar tus tierras y hacerte aún más rico. Pero, antes que todo, solo tú puedes protegerlos de la hechicería. Necesitarán un líder que continúe instruyéndolos. ¿Qué me dices? ¿Los aceptarás?

—¿Sabes? Me has sorprendido —dijo el hombre, sonriendo con expresión de orate —El Señor trabaja en formas misteriosas. Jamás pensé que podría cumplir Su voluntad después de todo. ¡Claro que los aceptaré!

—Ellos aún no saben que no estaré aquí para reunirme con ellos, pero eso no importa: estarán en manos del mejor pastor que un rebaño podría tener. ¡Gracias, Ábrahám! Cuando todo esto pase y las autoridades me hayan olvidado, regresaré.

—¿Qué hay de HyeYoung?

—Ella será tu mano derecha, como lo ha sido conmigo. Está preparada para ayudarte a guiar a la congregación. Conoce todos sus secretos y, por lo tanto, cuenta con su obediencia.

—No puedo negar que será una ventaja a la hora de corregir a las ovejas díscolas —dijo el hombre —Ten la seguridad de que la acogeré con la mayor hospitalidad. En cuanto a los miembros de la congregación, muy pronto se sentirán como en casa.

—Ten en cuenta que estas buenas gentes dejan atrás todo lo que tienen, como el pueblo del Señor dejó Egipto para ir en busca de la tierra prometida. Además, se encargarán de escarmentar a los herejes de la región antes de partir, tal y como los hebreos hicieron con los egipcios tras celebrar la primera Pascua. ¡El castigo del Señor recaerá sobre Dobro y los hechiceros a quienes ha elegido escuchar! Es lo que tú siempre quisiste, Ábrahám.

—Has obrado bien en la adversidad, enseñando a los elegidos a proceder como lo ordena el Señor —dijo el otro, poniendo su mano sobre la de SungRok —Tienes mi bendición —Jamás supuse que SungRok pretendiese incendiar Dobro y mucho menos que hubiese planeado enviar a sus adeptos a Raskrsnica por ti, por lo cual no me inquieté demasiado, aunque sabía que tendría que retornar cuanto antes para averiguar de qué tipo de castigo hablaba y evitar su ejecución. SungRok pasó la noche en casa de su mentor y, mientras tanto, opté por ocultar su oro para que no pudiese partir al día siguiente como parecía ser su intención. Además, me complacía en extremo imaginar el desespero con que buscaría semejante tesoro mientras yo dormía lejos de allí. Dejé una nota en su

carreta que leía: Tengo su dinero. Aguarde instrucciones si desea recuperarlo. Un ángel conocido. Sabía que creería que el autor de aquellas palabras era mi tío pero, en caso de que decidiese huir de todos modos, hechicé todas las bestias del caserío para que se rehusaran a moverse. De todos modos, me aseguré de remover el terreno en varios lugares alrededor para que SungRok creyese que su cofre desaparecido yacía en ellos y excavase uno y otro sin éxito. Partí antes del amanecer para dormir en un lugar seguro y en cuanto desperté me dirigí hacia Dobro, con tanta suerte que divisé las llamas desde la montaña para extinguirlas a tiempo. Y ya conoces el resto de la historia.

—Los miembros de la congregación que intentaron quemarme vivo eran muchos, pero no todos —dije —¿Dónde crees que está el resto?

—Supongo que ya se pusieron en marcha hacia el caserío donde los aguardan SungRok y su mentor.

—Solo me preocupan los niños —suspiré —Ya han vivido suficientes horrores como para seguir creciendo con unos padres que prefieren creer en la palabra de su victimario.

—Se hará justicia —dijo Jimin, apretando la mandíbula —Ahora quisiera revisar el cuaderno de SungRok en tu compañía —Extinguimos la fogata que ardía junto a la laguna y entramos al fuerte, donde me puse la bata que había usado la última vez que había estado allí. El cuaderno estaba sobre la mesa junto a las ropas sucias de Jimin, las cuales había reemplazado por una túnica de lana negra igual a la que me había prestado en la caverna. Lucía encantador con sus cabellos negríssimos y ropas limpias de hechicero al tanto que encendía un candelabro con un chasquido de dedos para que pudiésemos leer cómodamente en la poltrona junto a la chimenea, que también hizo arder. En cuanto abrimos el cuaderno, descubrimos que SungRok dedicaba una página separada a cada niño que había agredido, dibujándolo como era en la época del ataque con grandes dotes artísticas, según Jimin confirmó, pues su nombre y bosquejo hacían parte de la lista: aun dibujado por un ser tan abominable, su retrato era el de un niño hermoso de grandes ojos oscuros. SungRok había cosido cuidadosamente trozos de tela a las hojas del cuaderno, creando pequeños bolsillos donde había insertado un mechón de cabellos de cada una de sus víctimas. Solo faltaban los cabellos pertenecientes a Jimin, que SungRok había entregado a su congregación para tenderme una trampa. La fecha en que había agraviado a cada niño estaba grabada en la porción superior de la página junto a su nombre, edad y los nombres de sus padres. Más abajo, SungRok detallaba las faltas cometidas por el niño o niña en cuestión durante los servicios religiosos, con los miembros de su familia, en las labores domésticas o del campo, en sus estudios bíblicos o durante las restringidas horas de juego. Como es de imaginar, las faltas eran simplemente muestras de un comportamiento infantil que aún admitía muestras de espontaneidad, alegría o deseos de comprender el mundo. Por desgracia, SungRok se había guardado de documentar el tipo de castigo que había infligido a las criaturas, que eran más de cien, y muchas de las cuales ya habían alcanzado la mayoría de edad. No me extrañó que sus propios hijos hiciesen parte de las víctimas: estos encabezaban la lista, desvirtuando lo que SungRok le había asegurado a su mentor, esto es, que Jimin había sido su primera tentación. Tras alcanzar la página que correspondía a la última víctima, quien era la pequeña cuyo abuso yo había tenido el horror de atestiguar, corrí fuera del aposento para vomitar. Por fortuna, la sala de baño contaba con agua corriente, porque no habría tenido el tiempo de salir y me tardé largo rato llorando y vaciando los contenidos de mi estómago. Deseaba intensamente la muerte de SungRok pero, como Jimin, comprendía que no era suficiente.

Solo esperaba que la venganza que tenía planeada fuese satisfactoria de algún modo. Al retornar a la estancia después de enjuagarme la boca, me sorprendió la aparente calma de Jimin tras haber examinado las anotaciones meticulosas de aquel depredador que usaba una fachada beatífica para esconder sus crímenes y manipular a sus semejantes —He vivido con esto demasiado tiempo —dijo Jimin, como adivinando mis pensamientos —Por otra parte, mi corazón pudo sanar completamente gracias al hechizo de la caverna. Que todo esto ya no afecte mi sensibilidad como antaño solo me proporciona la sangre fría necesaria para obrar con mayor precisión. Ha llegado la hora de mi venganza, Jungkook.

—¿De veras? —inquirí, sintiendo que mi pulso se aceleraba —¿Cuándo la llevarás a cabo?

—Dentro de tres días —dijo él, y una sonrisa perversa surcó su rostro. No esperaba que me compartiera los detalles de su plan tras haber traicionado su confianza en una ocasión anterior, pero me moría por saber cómo pensaba darle su merecido al reverendo —Quiero que me acompañes —agregó, con expresión de suma seriedad. Mis ojos se llenaron de lágrimas al tanto que él tomaba mis manos, diciéndome con la mirada que confiaba en mí como en sí mismo.

—¡Gracias! —dije, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—No tienes nada que agradecer —respondió, acariciando mi cabeza con ternura —De hecho... voy a necesitar tu ayuda —añadió, apartándose suavemente. Después de esto, retiró la alfombra que estaba en medio de la habitación y encendió velas en los cuatro puntos cardinales del círculo tallado en la losa del suelo. Tras haberse posicionado en el centro del mismo, extendió su mano para invitarme al interior, donde procedió a explicarme su plan, seguro de que nadie más lo escucharía.